

Inmaculada ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS; Esther JIMÉNEZ PABLO, y Miguel Luis LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ (eds.), *Subir a los altares. Modelos de santidad en la monarquía hispánica (siglos XVI y XVIII)*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2018, 422 pp.

Moisés Lillo Vicente
Universidad de Granada

La santidad es la condición espiritual más elevada que la Iglesia reconoce a sus miembros. Pero este disputado galardón no ha recaído siempre en el mismo tipo de sujetos. La percepción de la santidad ha estado en continua transformación al compás de la evolución de las distintas sociedades, de modo que cada época ha alumbrado sus propios santos y santas. Se trata de un proceso acumulativo que no desbanca las experiencias previas y que, por tanto, ofrece un amplio abanico de senderos que pueden abrir las puertas de la gloria.

La santidad, definida por las circunstancias histórico-culturales, se halla en estrecha conexión con la vida cotidiana. Esto es así porque aparece como reconocimiento de una trayectoria vital, ya sea real o ficticia, que reproduce el sistema de valores que sirve de espejo a la sociedad. Además, como resulta natural en una sociedad sacralizada, la santidad ocupaba un lugar omnipresente en la vida diaria de las personas a través de diversas celebraciones y prácticas religiosas públicas y privadas. Todo ello sin contar, por supuesto, que detrás de la canonización de cualquier personaje siempre subyacieron toda una suerte de intereses por parte de sus promotores.

El libro *Subir a los altares. Modelos de santidad en la monarquía hispánica (siglos XVI y XVIII)*, coordinado por Inmaculada Arias de Saavedra Alías, Esther Jiménez Pablo y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz, realizado en el marco del proyecto de investigación: *Maneras de vivir en la España Moderna: Condiciones materiales y formas culturales de lo cotidiano. 3. Cultura, religión y asistencia social*, financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad, supone un acercamiento renovado al papel que jugó la santidad en el seno de los territorios hispánicos durante la Edad Moderna de la mano de dieciocho especialistas. Formalmente, la obra se compone de dieciséis exhaustivos trabajos de investigación que, distribuidos en tres bloques, posibilitan un acercamiento íntegro al objeto de estudio desde múltiples perspectivas. Y es que, sin duda, la santidad constituye un fenómeno poliédrico que exige un enfoque plural. De modo que aquí reside uno de los principales puntos fuertes del libro. Aparte de la definición y evolución de los modelos triunfantes de santidad, su plasmación en hagiografías y su ratificación en los procesos de beatificación y canonización, la obra desgrana el valor utilitario de la santidad para afianzar diferentes empresas, así como su repercusión en la sociedad determinando conductas y prácticas devocionales.

El primer bloque, titulado “Ideas de santidad y procesos de canonización”, agrupa seis artículos que arrojan luz sobre la concepción de la santidad y los entresijos que suponía lograr el reconocimiento oficial por parte de la Iglesia.

Inmaculada Arias de Saavedra Alías (Universidad de Granada) estudia la impronta de las beatificaciones y canonizaciones en la imprenta andaluza, fundamentalmente en la sevillana y granadina, durante los siglos XVII y XVIII. Tras el

análisis de 113 impresos de diversa índole, la autora registra el predominio de las beatificaciones en el siglo XVII y de las canonizaciones en la centuria siguiente. De modo que, a diferencia de lo que podríamos suponer, los datos revelan que sendos procesos tuvieron una resonancia similar en la sociedad ya que, realmente, el ensalzamiento de unos u otros personajes respondió a intereses particulares y, por ende, al poder e influencia de sus promotores; entre los que tuvieron un papel primordial las órdenes religiosas. Además, aborda una cuestión fundamental ligada a la vida cotidiana: la vertiente festiva de tales acontecimientos.

Julián J. Lozano Navarro (Universidad de Granada) muestra la percepción de la santidad en el colegio de la Encarnación de la Compañía de Jesús en Marchena a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Resulta de gran interés el cambio que advierte en la consideración de la santidad en función de los intereses de los religiosos. Este caso ejemplifica a la perfección la coexistencia de diversos modelos y la recurrencia a uno u otro en función de las circunstancias. Si a principios del siglo XVII dichos jesuitas habían enaltecido los santos de la orden, el debilitamiento de su relación con sus benefactores, los duques de Arcos, llevó a que potenciaran modelos más populares que les permitieran mantener el prestigio en la población. Las elegidas fueron las beatas que vivían anexas al colegio, mujeres a las que presentaron como paradigma de una vida ejemplar confirmada por dones místicos y que, desde luego, ejercieron una renovada atracción.

José Martínez Millán (Universidad Autónoma de Madrid) aborda el cambio general en el modelo de santidad a partir de la segunda mitad del siglo XVII. Según el autor, se trata de una transformación progresiva que arrancó con el Concilio de Trento y respondió al empeño de la curia por demostrar su potestad a la hora de validar la perfección espiritual de cualquier candidato. Esto llevó a la configuración de un modelo de santidad que, tanto en la forma como en el fondo, expresaba la superioridad papal sobre la jurisdicción real. Nos encontramos ante un estudio recomendable para profundizar en la estricta regulación del culto de quienes alcanzaron fama de santidad, así como en el inevitable choque de los intereses pontificios con los de la Corona española.

María de los Ángeles Pérez Samper (Universidad de Barcelona) nos acerca al modelo de santidad femenina a través de *La religiosa instruida* (1717), obra de Antonio Arbiol y Díez. En ella, el franciscano reglamentó la vida religiosa de las mujeres en función de su experiencia como visitador de monjas y las directrices tridentinas. Resulta del todo curioso que propusiera como ejemplos de vida conventual a María Jesús de Agreda y sobre todo a Teresa de Jesús para, a su vez, desproveerlas de todo componente subversivo o comprometido (fundaciones, escritos y experiencias místicas). En definitiva, nos encontramos ante una prueba más de que los arquitectos de la santidad femenina, a pesar de tomar como referente a mujeres fuertes, tergiversaron sus figuras para respaldar, en última instancia, la sumisión y el enclaustramiento.

María Leticia Sánchez Hernández (Patrimonio Nacional, Madrid) continúa con la vertiente femenina y trae a colación el proceso de beatificación de sor Margarita de la Cruz y Austria a finales del siglo XVII. Se trata de un caso que reviste especial singularidad debido a la pertenencia de la religiosa a la familia real y los evidentes intereses de la Casa de Austria; también, por supuesto, los de la propia comunidad de las Descalzas Reales. Como señala la autora, la vida de sor Margarita no es muy

conocida debido a que no cultivó la escritura y su biografía simplemente se amolda al patrón hagiográfico. El proceso *non cultu* de la religiosa pone de relieve, entre otras cosas, el mayor control papal en materia de santidad desde mediados de siglo XVII.

El primer bloque finaliza con el trabajo de Eliseo Serrano Martín (Universidad de Zaragoza) sobre cuatro aragoneses que no culminaron su ascenso a los altares: dos frailes (el dominico Anadón y el franciscano Pedro Selleras) y dos obispos (el de Tarazona, Pedro Cerbuna, y el de Albarracín, Batista de Lanuza). Eliseo Serrano apunta como factor decisivo para el éxito el hecho de que los candidatos pudieran representar algún provecho para el Papado. Por ejemplo, los frailes señalados no aportaban ninguna novedad, y respecto a la alta jerarquía eclesiástica, siempre existió cierto reparo en canonizar figuras de poder. Asimismo, se aborda un tema cargado de controversia en el camino a la santidad: la importancia del elemento sobrenatural. Los milagros constituían un arma de doble filo, pues si bien eran un requisito necesario, también despertaron el recelo de la autoridad y, en no pocos procesos, jugaron un papel contraproducente.

El segundo bloque, “Vidas de santos y hagiografía”, nos sumerge en la construcción de la santidad a través de cinco artículos. La cada vez más rigurosa regulación papal exigió que las vidas de los candidatos se amoldasen a ciertos patrones de conducta. Esto obligaba a emprender una remodelación de sus figuras; a veces, una auténtica fabricación *ex novo* más compleja de lo que a priori podríamos pensar.

Inaugura este bloque Esther Jiménez Pablo (Universidad de Granada) con la dispar imagen de san Ignacio de Loyola en las hagiografías del siglo XVII. Queda patente, por tanto, que la reelaboración de la vida de estos personajes no solo estaba condicionada por las directrices papales, sino también por los intereses particulares de los hagiógrafos. En el caso presente, la principal contradicción entre las diferentes versiones fue la relación del fundador con la monarquía hispánica. Mientras que el jesuita español Ribadeneira subrayó la buena acogida de Ignacio en suelo peninsular, el italiano Maffei señaló la incompreensión que sufrió en su país natal hasta el punto de tener que huir de él. En definitiva, dos imágenes contrapuestas del santo que evidenciaban la rivalidad entre la monarquía hispánica y la curia romana en cuanto a poder y autoridad.

María Victoria López-Cordón Cortezo (Universidad Complutense de Madrid) refleja la resistencia eclesiástica al pujante regalismo borbónico a través del beato Diego José de Cádiz. Este capuchino fue un afamado predicador que combatió las ideas ilustradas francesas, así como las reformas de Carlos III, especialmente las cortapisas a la jurisdicción eclesiástica. Su fama de santidad le permitió llegar a personajes de toda condición social, pero no le eximió de conflictos con el poder. La instrumentalización política del ideario de las personas rodeadas de un halo de santidad siempre fue una estrategia recurrente. Y, en este sentido, la Corona española se sirvió del talante contrarrevolucionario del religioso en el conflicto con Francia, obviando su consabida reticencia al absolutismo y, especialmente, a las regalías.

Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (Universidad de Granada) muestra la construcción hagiográfica de los cristianos que murieron en la rebelión de las Alpujarras en 1568. He aquí un ejemplo de cómo los modelos de santidad primigenios seguían funcionando cuando las circunstancias lo permitían. Nos referimos al patrón martirial

que nos retrotrae a los orígenes del cristianismo. La diócesis granadina mostró especial atención al episodio alpujarreño desde su génesis y retomó con fuerza renovada su interés a finales del siglo XVII de la mano del arzobispo Diego Escolano. Entre medias, el agustino Justino Antolínez de Burgos, primer abad del Sacromonte y futuro obispo de Tortosa, recopiló testimonios y plasmó los hechos en dos obras desde una perspectiva claramente martirial.

Montserrat Molina Egea (Biblioteca de Catalunya) nos acerca al proyecto hagiográfico de María Caterina Brondi, desarrollado entre 1719 y 1743. Las críticas lanzadas a esta mística de Sarzana motivó que sus benefactores, entre los que figuraban el arzobispo de Pisa, su director espiritual, y el duque Cosme III de Médici, decidieran elaborar una hagiografía. El biógrafo fue el abad Bambacari, quien, evidentemente, tuvo que buscar información sobre la vida de la mística. Esta labor de documentación demuestra la complejidad que conlleva la elaboración de una hagiografía, género literario tan denostado. Bambacari estuvo condicionado por la opinión de quienes relacionaban a Brondi con el quietismo. Así, decidió mostrar cautela a la hora de narrar los episodios sobrenaturales que marcaron la vida de Brondi.

Henar Pizarro Llorente (Universidad Pontificia Comillas-IULCE) aborda los intentos de los carmelitas españoles por difundir el culto de la mística florentina santa María Magdalena de Pazzi en suelo peninsular. Con este fin, se escribieron biografías en español (destacando la de Juan Bautista de Lezana), e incluso una comedia. El propósito de españolizar a la santa llegó al punto de que algunos carmelitas tradujeran su nombre, presentándola a los fieles como Magdalena de la Paz. Lo cierto es que la devoción no consiguió trascender el estricto ámbito carmelitano, aunque fue especialmente importante en el convento de carmelitas de la Encarnación de Zaragoza donde la santa florentina fue un referente de vida ejemplar junto a santa Teresa de Jesús.

El tercer bloque, titulado “El amplio mundo de las devociones”, se compone de cinco investigaciones que nos descubren la imagen de la santidad en el imaginario colectivo y la expresión de la veneración a través de diversos usos y costumbres.

Abren la sección Margarita M. Birriel Salcedo (Universidad de Granada) y Carmen Hernández López (Universidad de Castilla-La Mancha) con su estudio sobre devociones domésticas en las viviendas rurales de La Mancha oriental (Albacete) y el Valle de Lecrín (Granada) durante el siglo XVIII. Las fuentes empleadas son los protocolos notariales, documentos que suelen reflejar una amplia gama de bienes entre los que, por supuesto, se encuentran objetos devocionales de diversa índole. Además de su clasificación y cuantificación, las autoras indagan en el significado que estos objetos desempeñaron en el seno familiar, advirtiendo una clara conexión con el mundo de las emociones. Entre los resultados más significativos hallamos un predominio considerable de los santos sobre las santas en La Mancha y un mayor reflejo de la devoción local (la Virgen de las Angustias) en el territorio granadino que en el albaceteño (la Virgen de los Llanos).

Natalia González Heras (Universidad Autónoma de Madrid- IULCE) ofrece el contrapunto idóneo con su estudio sobre las devociones domésticas de las élites madrileñas al servicio de la monarquía en la segunda mitad del siglo XVIII. Estas devociones se plasmaron en todo tipo de objetos, incluso de uso personal como los medallones relicarios. Y, además de la función propiamente religiosa, constituyeron un

signo de distinción. La autora nos habla de cómo esas élites solían compartir los gustos religiosos regios para remarcar su proximidad con la Corona. En este sentido, destaca por excelencia la devoción a la Inmaculada Concepción. Asimismo, señala el protagonismo de los santos y las santas ensalzados por la reforma católica, como, por ejemplo, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier y santa Teresa de Jesús; hecho curioso si consideramos el tiempo transcurrido y el auge de nuevas corrientes espirituales.

María Magdalena Guerrero Cano (Universidad de Granada) y María del Mar Barrientos Márquez (Universidad de Cádiz) nos trasladan al continente americano de los siglos XVIII y XIX para rastrear las devociones religiosas en la prensa. Para ello, se centran en los Avisos que aparecen al final de las Gacetas de México, Lima y Caracas. En esta sección se registran noticias muy diversas de índole religiosa que, en última instancia, reflejan el clima devocional hispanoamericano; desde la venta de libros y objetos devocionales hasta la demanda de rogativas en coyunturas delicadas como, por ejemplo, la invasión francesa. Así, en ocasiones, las noticias religiosas aportan información adicional sobre los cambios políticos de la época. Como cabría esperar, se registra un predominio importante de la devoción a la Virgen de Guadalupe.

Ofelia Rey Castelao (Universidad de Santiago de Compostela) explora la figura del apóstol Santiago y los elementos de la tradición jacobea en el teatro. En la Edad Moderna, la figura del apóstol se identificó con la imagen del caballero cristiano que combatió al musulmán en el marco de la expansión medieval de los reinos cristianos del norte. Y en torno a esa idea giran las alusiones halladas en algunas piezas teatrales. Apenas se prestó atención al asunto de la peregrinación y aún menos a la reconstrucción del ciclo vital del santo. En definitiva, parece que, salvo contadas ocasiones, los grandes dramaturgos del Siglo de Oro no pusieron sus miras en el apóstol; sí lo hicieron aquellos de segunda fila que, mayoritariamente, estaban relacionados con la Orden de Santiago y, por tanto, reaccionaron cuando se cuestionaron ciertos elementos de la tradición jacobea.

Finalmente, Manuel Rivero Rodríguez (Universidad Autónoma de Madrid-IULCE) cierra el capítulo con un trabajo que nos recuerda la fuerza de la devoción popular a la hora de confirmar la santidad. Esto ocurrió con la mística sor Orsola Benincasa, afamada por sus dotes proféticas, quien, a pesar de apartarse del modelo de santidad conformado en Trento, gozó de amplia popularidad en Nápoles desde finales del siglo XVI. Diego García de Trasmiera, inquisidor de Sicilia, publicó una biografía sobre ella en fechas inmediatas a las revueltas de Nápoles y Sicilia que, curiosamente, resultó ser la reedición de una obra censurada por la inquisición romana. También publicó una biografía sobre el inquisidor aragonés Pedro de Arbués. La producción literaria de Trasmiera ofrece una nueva perspectiva para analizar el ambiente intelectual italiano en los años de las revueltas de mediados del siglo XVII y el pulso con la autoridad romana.

En definitiva, esta publicación no es un mero corpus sobre historia de la santidad en la Edad Moderna, sino una investigación mucho más ambiciosa. Mediante el estudio de casos específicos se perfilan progresivamente los distintos agentes y mecanismos que conforman el proceso dirigido a convertir a una persona en paradigma de perfección espiritual, para, en último término, posibilitar una comprensión total del fenómeno. Todo aquel interesado en profundizar en la cuestión de la santidad en el

marco de la monarquía hispánica durante la modernidad encontrará en esta obra una explicación detallada sobre su significación, su instrumentalización por ciertos grupos de poder, la evolución del modelo de santidad merced a diversos intereses políticos y sociales de las monarquías, el Papado, las órdenes religiosas, etc.; sin olvidar, tampoco, el impacto que suscitó en la cotidianidad de la época originando un sinnúmero de formas devocionales.